

Graham Denyer Willis

(Haga clic aquí para ver la versión original en inglés; haga clic aquí para ver la traducción al portugués)

Traducción realizada en colaboración entre un humano y DeepL

El 23 de septiembre de 2020, Volkswagen Brasil firmó un acuerdo con los fiscales federales del país. Este acuerdo, que puso fin a tres investigaciones en curso por parte de la fiscalía, llevó a algo parecido a un cierre de un caso que se había prolongado por casi medio siglo. Durante la dictadura respaldada por Estados Unidos durante la Guerra Fría, Volkswagen trabajó como agente en la sombra del régimen militar brasileño. So pretexto de la economía, el desarrollo y el progreso, Volkswagen, en realidad, había ayudado al régimen a identificar, torturar y desaparecer a sus propios empleados de la línea de ensamblaje, sospechosos de ser izquierdistas y líderes sindicales. En aras de descubrir a los enemigos de la seguridad nacional, Volkswagen trabajó como un apéndice en uno de los momentos más oscuros de la historia reciente de Brasil, proporcionando espacio, conocimientos y métodos para permitir que el régimen torturador detectara cualquier sentimiento antihegemónico.

Este acuerdo, firmado incluso mientras otras demandas siguen su curso, se produjo en medio de una pandemia mundial agravada por los recortes terroríficos de un presidente neofascista: Jair Bolsonaro. Pero, al ocurrir de esa manera, también volvió a poner en primer plano una pregunta oportuna. ¿Cómo contribuyen las empresas al terror y a la desaparición? ¿De quién son las cuentas bancarias que se llenan con la destrucción de familias enteras?

Estas preguntas deben permanecer en primer plano, obligándonos a plantearnos si hablamos de un terror del pasado o un terror del presente.

* * * *

No es casualidad que «terror» y «desaparición» vayan de la mano. Sin embargo, lo que nos preocupa es el porqué. En un nivel abstracto, estos conceptos chocan en los mismos momentos históricos, aunque su direccionalidad suele ser confusa y controvertida. Ambos se describen como «actos», cosas que las personas hacen por una razón. Y, por supuesto, tienen una relación empírica y afectiva con el acto de la desaparición —lo que también significa la *intención* del mismo—una relación causal con el resultado, una emotividad del terror.

Pero la emotividad del terror no es solo un afecto, es la propiedad sistémica de un régimen global que ha utilizado la intención del terror como un tentáculo y un sustituto para reforzar la supremacía del poder estadounidense y el capitalismo global. Por mucho tiempo, los gobiernos, los paramilitares y las fuerzas privadas mercenarias apoyados por Estados Unidos han utilizado el terror para sofocar la disidencia, hacer que la gente vuelva al trabajo y extinguir las disputas antes de que se conviertan en insurgencias. La historia de estas operaciones es profunda y amplia, y es objeto de una gran cantidad de investigaciones y escritos rigurosos.

Debemos jalar uno de los hilos de este gran tapiz para ayudar a desentrañar la totalidad. La superioridad estadounidense se basa en el capital, de tal manera que el negocio de las desapariciones y del terror, ya sea la «contrainsurgencia» o la deportación por motivos raciales, es en sí mismo el método para ganar dinero. Es fácil condenar la participación de empresas malas o enmarcar este problema en términos de irregularidades poco éticas que deben contrarrestarse con la vergüenza pública. Pero el uso de negocios para llevar a cabo el trabajo del terror no es nuevo, y solo es parcialmente evidente para los observadores externos. Si bien la denuncia pública de esta relación es vital, no puede cuestionar lo que no conoce ni lo que las relaciones cambiantes del capitalismo mantienen en secreto y fuera de vista.

* * * *

Aunque ocurrió dentro de su fábrica, tomó décadas para que saliera a la luz el trabajo de Volkswagen para una dictadura apoyada por Estados Unidos. E incluso entonces a la empresa le resultó bastante fácil presentarlo como algo inelegible: se les ordenó aterrorizar. De hecho, es tentador ver las acciones de Volkswagen y otras empresas similares como «complicidad» o, en otras palabras, ejemplos de elecciones ingenuas entre muchas otras mejores en un momento de malas condiciones políticas. Tuvieron que permitir el ingreso del gobierno cuando este lo solicitó.

Sin embargo, lo que sabemos ahora es que se trataba más bien de una asociación. La decisión de Volkswagen no fue difícil. Aprovechar la represión del gobierno militar, de forma discreta y sin mucho alboroto, siempre respondió a un interés mutuo. El líder sindical no era solo un disidente político al que había que capturar y extraer de la sociedad, una posible fractura en el régimen, sino también la materialización de un movimiento obrero con un horizonte de posibilidades empresariales escasas. Sin líder y envuelta en preocupaciones, una línea de ensamblaje sin rumbo significaría grandes cosas para la rentabilidad de la empresa: costos menores, trabajadores fácilmente reemplazables y mano de obra que siempre miraba hacia atrás, hacia la vasta reserva de mano de obra excedente dispuesta a trabajar duro en su lugar.

La industria empresarial-gubernamental del terror y la desaparición no debe verse en términos de complicidad. Incluso en la excepcionalidad de la dictadura de la Guerra Fría, se trata de otra iteración de un vínculo obvio entre aliados políticos y económicos: unos, encantados de tener un cuerpo dócil de trabajadores cuchicheando sobre el precio a pagar por ser líder y organizador de la línea de ensamblaje; otros, dichosos por haber extinguido a las figuras más expresivas y magnéticas de su causa, lo que volvió a sumir al resto en la docilidad. La desaparición y el terror fueron buenos para los negocios, ya que servían tanto para silenciar a una fuerza laboral en la cúspide de subjetividades políticas más amplias como para reforzar la inversión del régimen militar en esta industria del desarrollo y el progreso.

El piso del área de producción fue un espacio de desaparición y terror que reunía la disciplina laboral y la disciplina de la geopolítica estadounidense. Pero el capitalismo cambia, y con él los métodos de producción y las maquinaciones de quienes utilizan la desaparición y el terror para ganar dinero. El negocio del terror y la desaparición del actual nativismo fascista estadounidense utiliza las herramientas del capitalismo contemporáneo para hacer avanzar el proyecto. Los enormes

almacenes, propiedad de fondos de inversión inmobiliaria, fondos de pensiones y empresas inmobiliarias y terrenos que cotizan en bolsa, típicos del capitalismo de la logística de datos que recorre las venas del consumo estadounidense, se remodelan mediante arrendamientos para convertirlos en diferentes modalidades de terror y desaparición. Y así también este régimen hace uso del modo de producción más novedoso —los datos— para identificar, predecir y moldear, aprovechando las relaciones con los líderes del sector que se han convertido en suplicantes, pero que tienen pocos escrúpulos a la hora de aceptar un lucrativo contrato público.

Las desapariciones y el terror son rentables. Por mandato político, generan excedentes y se utilizan para reducir costos. En esto no hay nada nuevo, excepto en el «cómo».

La profundidad de esta relación no es visible debido a las características del modo de producción actual, cuyas técnicas y conocimientos son evidentes para muy pocos. Lo que ahora no se puede saber se podrá saber en el futuro, y sobre esta base se construirán nuevos futuros. Estos futuros buscarán reparación, como se hizo con Volkswagen, pero tendrán que ir más allá para reconocer cómo las desapariciones y el terror profundizaron los intereses y la concentración del capital. ¿Qué pasaría si la restitución futura de estos horrores fascistas lo incluyera todo, desde las ganancias obtenidas por el trabajo explotado hasta los dólares obtenidos por separar familias, y reconociera los excedentes acumulados al hacer desaparecer a las personas y sembrar el terror como método de gobierno?